

LOS ESTUDIOS DE POSTGRADO EN PERSPECTIVA

Dr. Eduardo Latorre

El presente documento es la versión escrita de una conferencia pronunciada en el INTEC el 10 de Octubre de 1972. Su importancia reside en ser la expresión sistematizada de lo que el Instituto se proponía hacer en esta línea en el momento de su fundación.

Dentro de una exposición documentada, el autor nos pone en contacto con las raíces de los pensamientos que dieron origen al Instituto.

Como ayer 9 de Octubre de 1972 aparece por primera vez en la historia de la educación superior dominicana una institución dedicada fundamentalmente a los estudios a nivel de postgrado, es decir, el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC), es preciso poner en perspectiva qué es lo que son estudios y qué significan en la realidad de una nación pequeña envuelta en un proceso de cambio.

Los estudios a nivel de postgrado son parte de un conglomerado de investigación y enseñanza que se denomina educación superior, término que en América Latina normalmente se refiere únicamente a las universidades. La razón es muy sencilla, como se presenta en un estudio de F. H. Bowles hecho para la UNESCO: para el año 1959, se estimaba que en Latinoamérica el 90.2% de la matrícula de la enseñanza superior estaba en las universidades, el 7.4% en las escuelas normales y sólo el 2.4% restante en institutos tecnológicos superiores.¹ Es decir, con razón se identifica la educación superior con las universidades, aunque estrictamente hablando esto no sea correcto.

Sigamos nuestra reflexión . . .

Educación, pudiéramos llamar, a un proceso de aprendizaje, institucionalizado o no, en el cual el hombre trata de conocer y entender al mundo que le rodea y a sí mismo. El querer saber siempre ha sido una preocupación de la humanidad desde sus más remotos principios, pero es a los antiguos griegos a quienes les debemos, al menos en nuestra experiencia occidental, la audaz idea de que "los que sentían la determinación por saber tenían también la capacidad para saber".² El conocimiento ya no se podría atribuir a la magia o a seres sobrenaturales, sino al mismo hombre, que cuando lo deseaba podía saber.

Fueron los griegos también quienes hicieron los encadenamientos esenciales entre tres poderosas ideas.³ Primero, que la razón podía ser aplicada a los resultados de la observación. Segundo, que el conocimiento obtenido en esta forma tenía validez aparte de las cosas observadas. Y tercero, que este conocimiento podía ser aplicado a toda la esfera de actividad de la experiencia humana. Es decir, que el hombre tiene la capacidad para interpretar lo que observa, entendiéndose por esto algo mucho más amplio que la simple visión. Que su

interpretación tiene validez aparte del mismo fenómeno, o hecho, que ha sido observado y cuyo conocimiento adquirido servía para ser aplicado a cualquier actividad humana.

Sin embargo, valioso como es el proceso de aprendizaje de conocimientos, es decir, la educación, éste muere rápidamente si no se le transmite a otros, ya que la vida del hombre, como todos sabemos, es muy limitada, y el saber de un solo hombre es mucho más limitado que el de un grupo. Por otro lado, este mismo conocimiento ya adquirido y presumiblemente transmitido, también debe ser usado, pues de otro modo se vuelve estéril e inerte.⁴ El conocimiento es pues algo vivo, en eterno proceso de enriquecimiento a través de nuevas observaciones y bajo pena de muerte si no se comunica a otros y de esterilidad, que es una muerte a medias, si no se le encuentra servicio.

Aunque es posible cumplir con este proceso en una forma individual y asistemática, es indudable que su eficacia aumenta grandemente si se institucionaliza. Por eso aparecen las escuelas griegas y la famosa biblioteca de Alejandría, monumentos invaluable en la historia de la humanidad. Pero por mucho que se avanzó en el período clásico, incluyendo inclusive el concebir una etapa de educación superior, como era, por ejemplo, la preparación rigurosa de los jurisconsultos romanos, no es hasta el Medioevo que aparecen las universidades, instituciones organizadas en forma permanente para aumentar, transmitir y utilizar el conocimiento. Es una institución poderosa que ha subsistido ocho siglos, manteniendo muchas de sus características originales, como son el diploma, grados académicos, y hasta la toga y el birrete.⁵

¿Por qué nace la universidad?, es una pregunta que amerita contestación. Es fácil decir que la institucionalización del proceso educativo, o sea, lo que comúnmente llamamos escuela, obedece en gran medida a la propia necesidad de hacerlo en forma más eficiente según avanzaban las sociedades. Las universidades, reflejando su época, nacen de la ampliación de las escuelas catedralicias⁶ que en ese entonces sostenía la iglesia cristiana, institución que monopolizaba en gran medida la erudición y la enseñanza. Allí se enseñaban las siete artes liberales, filosofía y teología, poniendo el énfasis, como era de esperarse, en una sociedad tradicional, en la transmisión del conocimiento y no en la investigación para

adquirir nuevos conocimientos. Lo más importante que había que saber ya era conocido, según se pensaba, pues sólo había que leer los escritos de los padres de la Iglesia, como San Agustín, y los de los pensadores griegos, como Aristóteles, y el único problema era el de transmitírselo a los demás y preservarlo para las generaciones futuras. La educación se concebía en una forma estática y la universidad ponía el énfasis en su función cultural. Es decir, que su fin primordial se limitaba, aun tan valioso como es, a la concepción humanística de la transmisión de la cultura humana y su aplicación a la conducta personal, no al mundo físico o social. Bellos ejemplos de universidades que se desarrollaron en este sentido fueron las de Oxford en Inglaterra y la de Salamanca en España.⁷

Como las instituciones no existen aparte del mundo social que les da origen, así como empezó a cambiar la sociedad europea con el desarrollo de la industria y de la ciencia, empezaron a cambiar las universidades. Este proceso culmina en una transformación social, que todos conocemos como la Revolución Francesa, que cambia la misión de la universidad de un fin primordialmente cultural a uno primordialmente profesional. En esa nueva época, la universidad tiene como función prioritaria, la formación de los ciudadanos de la nación, entendiéndose por esto la preparación de técnicos y funcionarios para servir al país. La muy conocida universidad de Sorbona se califica como "universidad práctica y profesional que incluye el magisterio superior, donde la investigación y el humanismo figuran a cargo de otras entidades".⁸

Pero no es ésta la única nueva tendencia universitaria de la época. En 1809 se funda la Universidad de Berlín, que luego tendría gran desarrollo en la Alemania de la década de 1830, esparciéndose en la segunda mitad del siglo XIX por muchos lugares de Europa y principalmente en los Estados Unidos. El nuevo énfasis era en la filosofía y en la ciencia, en la investigación como preocupación central de la universidad, en los estudios de postgrado, en la libertad de los profesores y estudiantes, y en la organización por departamentos e institutos.⁹

La universidad francesa, para así llamarle, continuaba con la organización por facultades, herencia de la universidad

medieval, aunque su visión era profesionalizante. La universidad se concebía en términos de armonía con la estructura social y política de la nueva burguesía, quien necesitaba de los técnicos y a quienes éstos le servían. Es decir, que la universidad, de centro de cultura pasa a ser un centro de servicio al nuevo orden social. Es preciso señalar que no se está hablando en términos absolutos, sino solamente relativos.

Por otro lado, la universidad alemana, para también así llamarla, dedicada primordialmente a la función de investigación, es decir, al incremento del conocimiento, existía con una estructura social incompatible para una concepción tan avanzada. Alemania, dominada por una alianza reaccionaria de los Junkers feudales, una débil burguesía, y una poco apetitosa monarquía, relegaban la universidad para el disfrute de la aristocracia y el conocimiento a la bien conocida expresión de "torre de marfil". Muy bonita, muy buena, muy interesante, pero en términos inmediatos, inoperante. La universidad alemana existía sin incidir directamente en su sociedad, ya fuera en términos de servicio como la francesa o en términos de cuestionamiento como la contemporánea, éste era el precio que pagaba por su misma existencia. Si dejaba de ser así, la cerraban.¹⁰

A pesar de lo señalado, el legado de la universidad alemana habría de servir de grandes avances en el desarrollo de las ciencias, de la tecnología, y del conocimiento en general. El énfasis en los estudios de postgrado, dedicados esencialmente a la investigación a través de la experimentación y el seminario, aunque "torre de marfil" en el siglo pasado, cosecharon frutos de magnitud incalculable en lo que va de este siglo, tan pronto se encontró una época y medios sociales más a propósito para una interrelación más eficiente entre la universidad y la sociedad. Por un lado se cuestionaban sus mismas esencias con una base científica apoyada en una rigurosa investigación académica, y por otro lado, se contribuía al mismo desarrollo de la sociedad a través de nuevos descubrimientos y enunciando nuevas teorías tanto sobre el mundo físico y natural, como sobre el comportamiento social e individual.

Es a la universidad norteamericana, en gran medida una fusión de las otras tres orientaciones, que le debemos la concepción de una función social en específico. Por un lado, tiene un caíz más democrático al hacer de la enseñanza superior la encargada del entrenamiento de técnicos medios, ya sea en electromecánica o agronomía, especialistas para los cuales hay gran demanda en un país con un desarrollo tecnológico tan grande como Estados Unidos. Por otro lado, como dice Jacques Barzun, el conocimiento es poder y su poseedor le debe al público una rápida aplicación de ese saber, o por lo menos difusión a través del entrenamiento de otros.¹¹ Es por eso que aparece una Escuela de Trabajo Social, o la Escuela de Arquitectura rediseña partes de la ciudad, o la Escuela de Derecho da ayuda legal gratuitamente a los necesitados.

La universidad latinoamericana nace como un trasplante de la universidad medieval en el período de la colonia, teniendo un lugar de honor en ese proceso la Universidad de Santo Tomás de Aquino, hoy Universidad Autónoma de Santo Domingo. La influencia francesa se hace sentir marcadamente en el siglo pasado, muchas de las universidades de nuestro continente continúan reteniendo ese énfasis en el producir profesionales. La universidad alemana tuvo poca incidencia relativamente, excepto más recientemente a través de la influencia de la universidad norteamericana. Una de sus peculiaridades ha sido la gran actividad política de sus estudiantes, reflejo de las demandas de cambio en las estructuras arcaicas y la resistencia de la sociedad a ese mismo propósito, fenómeno que hoy se está viviendo a escala mundial tanto en los países llamados desarrollados como en los sub-desarrollados, aunque estos últimos tienen menor capacidad de adaptación que los primeros.

En resumen, la universidad moderna es una simbiosis de estos modelos presentados: la universidad, institución a la cual el filósofo alemán Karl Jaspers llamó, "la realización colectiva de la determinación básica del hombre por aprender",¹² está llamada a cumplir simultáneamente con las funciones del humanismo cultural, de la formación profesional, de la investigación científica, de la extensión social, y del cuestionamiento del orden establecido, del cual, y que pase desapercibido, la universidad es una parte integral. Ahora, no necesariamente tiene que ser una sola institución la que cumpla todas estas funciones al mismo tiempo. Y es aquí donde entra a jugar un papel positivo un instituto dedicado a los estudios a nivel de postgrado y a la investigación, que en esencia sirve como complementación a un sistema universitario nacional donde no lo hay.

Sin embargo, hay que aclarar las limitaciones de una existencia individual. Primero, su servicio docente es limitado a un grupo pequeño y su producto es de élite, entendiéndose esto en términos académicos. Segundo, su énfasis es en la investigación científica y la rigurosidad académica, demandando trabajo e iniciativa individual, no magisterial. Tercero, contribuye a la capacitación profesional, pero no es el formador profesional. Cuarto, contribuye a la difusión del conocimiento, pero no puede tener un énfasis en la extensión social. Y quinto, cuestiona el orden social a través del estudio científico, pero no puede servir de agente político y presume una formación cultural.

En términos de la realidad social dominicana, es mucho lo que se puede hacer con la ciencia y la tecnología, sin embargo siempre se corre el peligro de ser una "torre de marfil". Lo que se haga con el instituto dependerá de sus miembros componentes: estudiantes y profesores en el sentido amplio de la palabra y del desarrollo de la sociedad de la cual es parte. Siempre habrá tres caminos abiertos, y volvemos a los antiguos griegos en busca de analogía: la Academia de Platón,

formando la élite de los filósofos para que fueran los reyes en la nueva República; el camino de Aristóteles, tutor de Alejandro Magno que con su carro imperial subyugó para Macedonia el mundo conocido; o el camino del maestro Sócrates, quitarse la vida, es decir, cerrar las puertas, antes que volverse un servil ante los poderes existentes y negar el propósito de su misma existencia: la insaciable búsqueda de la verdad.

NOTAS:

- (1) F. H. Bowles, *Access to Higher Education* (UNESCO: Asociación Internacional de Universidades, 1963), Vol. I, p. 113.
- (2) James A. Perkins, *La Universidad en Transición* (México: Manuales Uteha, No. 354, 1967), p. 8.
- (3) *Ibid.*, pp. 10-11.
- (4) *Ibid.*, pp. 11-12.
- (5) Charles Homer Haskins, *The Rise of Universities* (Ithaca, New York: Cornell University Press, 1923, 1965), p. 1.
- (6) Juan Isidro Jimenes Grullón, *La Problemática Universitaria Latinoamericana* (Santo Domingo: 1970), p. 1. Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- (7) Foción Febres Cordero, *Reforma Universitaria* (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1959), p. 19.
- (8) *Ibid.*, p. 20. Citado de una Conferencia de Gabriel Mazo, Universidad Central de Venezuela, 1ro. de marzo, 1955.
- (9) Clark Kerr, *The Uses of the University* (New York: Harper Torchbooks, 1963), p. 11.
- (10) Perkins, *op. cit.*, pp. 16-18.
- (11) Jacques Barzun, *The American University* (New York: Harper Colophon Books, 1968), p. 11.
- (12) Citado en Perkins, *op. cit.*, p. 8.